

La fama, que va siempre en aumento, añadió á aquellas calumnias otras imputaciones, y no tardaron los gentiles en mirar á los cristianos como á los hombres mas inícuos, haciéndoles responsables de todas las calamidades grandes y pequeñas que afligian al imperio: su solo nombre era un crimen, y bastaba llevarlo para ser culpable de todas las maldades¹; así al referir Tácito que Nerón mandó arrojar á las llamas á un gran número de cristianos, á quienes acusó falsamente de haber incendiado la ciudad de Roma, dice con franqueza que no estaban convictos de crimen alguno, pero sí del odio del género humano².

Para refutar tan odiosas inculpaciones suscitó Dios á muchos elocuentes apologistas, los cuales se veían obligados á solicitar como una gracia el que no se condenase á los cristianos sin oírles, y que no fuese su mero nombre un crimen capital³; y si bien la conducta de los fieles respondía con mas elocuencia aun á todas las acusaciones, el odio es ciego y nada ve. El que abrigaban los gentiles y judíos, no contento con cerrar los ojos para no admirar las virtudes de nuestros padres, tapóse los oídos para no escuchar sus razones, metalizó su corazón para no experimentar respecto de ellos ningun sentimiento de humanidad, y armóse de hachas y de espadas para inmolár á sus víctimas. La sangre corrió á rios por toda la extensión de la tierra, y el cielo coronó á millones de Mártires.

Demos aquí algunos detalles sobre aquellos héroes de la fe; hablemos de su nombre, de su número, de sus actas y de las circunstancias que acompañaban y seguían su muerte⁴.

El nombre de *mártir* significa testigo, y designa á una persona que ha sufrido tormentos ó la muerte para dar testimonio de la verdad de la Religión; aplicase por excelencia á los primeros cristianos, que sacrificaron su vida para atestiguar la verdad de los hechos en que está fundado el Cristianismo. El Salvador anunció que la Religión tendría mártires, y al encargar á sus Apóstoles que predicasen el Evangelio, les dijo: *Me seréis testigos en Jerusalem, y en toda la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra*⁵. En otra

¹ Tertul. *Apol.* c. 11.

² *Annal.* lib. XV, c. 44.

³ Tertul. *Apol.* c. 1, pág. 11.

⁴ Para los detalles y pruebas véase nuestra *Historia de las Catacumbas*; y el P. Florez, *De inlyto agone martyrii*, in fol.

⁵ Act. 1, 8.

parte, explicándoles que su testimonio seria un testimonio de sangre, dice: *Os entregarán á tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre*¹; mas al momento les tranquilizaba, diciéndoles: *No temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma. Todo aquel que me confesare delante de los hombres, lo confesaré yo delante de mi Padre que está en los cielos; y el que me negare delante de los hombres, lo negaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos*².

De estas sagradas palabras deduce con razon Tertuliano que la fe cristiana es una promesa de martirio³. ¿Lo creemos así nosotros?

El número de Mártires es incalculable⁴: algunos hechos nos darán de ello una idea.

1.º En el espacio de trescientos años hubo diez persecuciones generales en toda la extensión del imperio romano, el cual contenía en aquella época casi todo el mundo conocido; en el siglo iv las hubo particulares en Persia y en África, promovidas por los persas y los vándalos: una sola duró cuarenta años, é hizo doscientos mil mártires⁵. Ahora bien, desde la predicación de los Apóstoles habia cristianos en todos los puntos de la tierra; siendo tan numerosos en tiempo de Tertuliano, que lo llenaban todo, excepto los templos de los dioses, y que si hubiesen querido vengarse de los romanos, no tenían mas que retirarse, y el imperio se convertía en un desierto⁶.

2.º Hacíase tal matanza de cristianos, que en la sola ciudad de Lyon hubo diez y nueve mil mártires; pues no perdonaban edad, sexo ni condicion.

3.º Fue tan grande el número de las víctimas, que Diocleciano y Maximiano se vanagloriaron á principios del siglo iv de haber exterminado por fin la raza de los cristianos y aniquilado su Religión⁷.

Antes de las grandes persecuciones y á principios del reinado de

¹ Matth. xxiv, 9.

² Matth. x, 28 et 32.

³ *Debitricem martyrii fidem.* (*De Spec.*).

⁴ Segun las mas exactas presunciones asciende á once millones durante los tres primeros siglos. (Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*, pág. 364 y sig.).

⁵ Sozom. *Historia eclesiástica.*

⁶ *Apol.* c. 37.

⁷ *Nomine Christianorum deleta, superstitione christiana ubique deleta.*

Marco Aurelio, san Ireneo, obispo de Lyon, escribia: «En todas partes donde se encuentra la Iglesia, vese á esta santa madre enviar al cielo, precediéndola por medio del martirio, á gran número de sus hijos, y los ofrece al Padre como una prueba del gran amor que le profesa. Las demás asambleas no tienen mártires; solo la Iglesia se complace en sufrir los oprobios para manifestar á Dios todo el exceso de su caridad, y la grandeza de la fe que le hace confesar altamente á Jesucristo. Varias veces por la gran pérdida de sangre y de miembros se la ha visto debilitarse; pero de repente la hemos visto rehacerse, cobrar nuevas fuerzas y ser madre de mayor número de hijos ¹.»

Los Mártires, sufriendo la muerte, probaban la divinidad de la Religion, puesto que hacian visible el cumplimiento de las profecias del Salvador; probabanla además por su sobrenatural valor, pues sufrir la muerte sin interés alguno de vanidad, de ambicion, de odio ni de gloria humana; sufrirla en medio de los insultos de todo un pueblo; sufrirla con calma y con dulce tranquilidad; sufrirla para atestiguar hechos que se han visto con los ojos y palpado con las manos; sufrirla cuando es dable sustraerse á ella con una sola palabra; sufrirla en defensa de una religion santa, contraria á todas las pasiones, en la cual no se ha sido criado, sino que se ha abrazado por conviccion y esperando sellarla con su sangre; cuando esto sucede por espacio no de un dia, sino de siglos; cuando se hace no por un solo hombre, sino por millares de personas de todas edades, sexos, condiciones, estados y países, debemos ver en ello algo de sobrenatural, y sino, preciso es abjurar de la razon y renunciar á coordinar jamás dos ideas.

Tan convencidos estaban los gentiles de que el valor de los Mártires solo podia dimanar de Dios, que se convertian en gran número á la vista de su firmeza en medio de los tormentos. «La constancia que nos echais en cara, dice Tertuliano, es una leccion; al presenciárla, ¿quién no desea averiguar su causa? Quien examina nuestra Religion, la abraza; y entonces desea sufrir, á fin de alcanzar con la efusion de su sangre la gracia de Dios y el perdon de sus crímenes ².»

¹ Lib. IV, c. 64. (Véase sobre el número de los Mártires al P. Ruinart, *Actas de los Mártires*, pref.).

² Apol. c. 50.

En una palabra, el Salvador prometió á sus Apóstoles la gracia de hacerles superiores á todos los tormentos, y cumplió su palabra ¹; este es todo el secreto de la constancia de los Mártires, y es no solo locura, sino ridiculez, querer encontrar otro. El sello sangriento de tantos millones de inocentes y heroicos testigos es un admirable testimonio en favor de la Religion; la impiedad puede destruir los templos de los Mártires, romper sus sepulcros, dispersar sus sagradas cenizas, horrar sus epitafios; pero este testimonio de sangre, jamás.

Las relaciones de sus juicios, de sus tormentos y de su muerte, se llaman *actas de los Mártires*, venerables en alto grado despues de la sagrada Escritura, en cuanto las contestaciones de los Mártires á los interrogatorios de los jueces les eran dictadas por el Espiritu Santo. Jesucristo Señor nuestro prometió en términos explicitos responder por ellos y hablar por su boca. *Tened, pues, fijo en vuestros corazones*, dijo á los Mártires de todos los siglos en la persona de sus Apóstoles, *de no pensar antes cómo habeis de responder; porque yo os daré boca y saber, al que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios* ². Nada como las actas de los Mártires es tan eficaz para reanimar nuestra piedad, pues si un hijo noble y generoso siente inflamarse su corazon al oír referir las brillantes acciones de su padre, ¿cómo podremos nosotros ser débiles y cobardes, insensibles á la gloria del cielo, cuando vemos que para llegar á él atravesaron los Mártires un mar de sangre, anduvieron sobre el fuego y sobre el filo de las espadas? Los primeros cristianos estaban tan convencidos de esta verdad, que con frecuencia arriesgaban su vida para apoderarse de las actas de los santos Mártires.

El primer medio, y el mas comun, de que se valian para obtener que se les comunicasen dichas actas, consistia en comprar, á fuerza de oro, al encargado de la escribania donde se guardaban los registros, y en sacar copias de los mismos; en segundo lugar, cuando los magistrados mandaban atormentar á algun cristiano, mezclábanse entre los gentiles muchos fieles de los que no eran conocidos, y apuntaban cuidadosamente las preguntas y contestaciones, y las demás circunstancias del proceso; reunidos estos apuntes, eran presentados al obispo ³, y aprobados por éste, distribuíase la relacion á los

¹ Luc. xxi, 15; Joan. xvi, 33; Philip. i, 18.

² Luc. xxi, 14 et 15.

³ Véanse sobre esto algunos detalles en la parte IV del Catecismo, *Fiesta de*

fieles, á quienes servía de lectura ordinaria. Las actas de los Mártires leíanse también en la iglesia los días de reunion ¹.

Nuestros padres, que tanta veneracion tenían por la historia de los Mártires, la tenían mayor aun por los mismos Mártires: apenas eran presos, cuando se convertían en seres sagrados y gozaban de muchas prerrogativas; por sus ruegos devolvíase la comunión á los que habían sucumbido durante las persecuciones anteriores; nombrábanse diáconos para visitarles, alentarles y cuidar de su manutencion, á los que se unieron las diaconisas, vírgenes ó viudas de cuarenta á sesenta años, cuerdas, prudentes, y de una virtud y celo á toda prueba; éstas ejercían respecto de las mujeres parte de las funciones que ejercían los diáconos con los varones, estando encargadas de visitar á todas las personas de su sexo presas por la fe, ó á las que por su pobreza ó falta de salud eran acreedoras á los cuidados de la Iglesia.

En tiempos ordinarios instruían á las catecúmenas, ó mejor, les repetían las instrucciones del Catecismo; presentábanlas al Bautismo, ayudábanlas á quitarse y á ponerse otra vez sus vestidos, á fin de que nadie las viera en un estado poco decente; y despues de su bautismo las tenían durante algun tiempo bajo su direccion, á fin de formarlas para la vida cristiana ². En la iglesia guardaban las puertas de la parte de las mujeres, y cuidaban de que todas se colocasen en sus puestos y observasen el silencio y la modestia; las diaconisas daban cuenta de sus funciones al obispo, y por su orden á los presbíteros y á los diáconos; y su principal servicio consistía en advertirles de las necesidades de las demás mujeres, y en hacer, bajo su direccion, lo que no podían verificar por sí mismos con tanta decencia ³.

Siempre que los fieles alcanzaban permiso para entrar en los calabozos de los confesores, se apresuraban á besar sus cadenas, á procurarles algun alivio, á curar sus llagas, á prestarles minuciosos servicios, y á darles mil pruebas de veneracion y de respeto.

Así pues, la Iglesia nada omitió para que los Mártires fuesen visitados y servidos; la víspera de su muerte, publicada ya la sen-

todos los Santos, y para mayor explicacion la *Historia de las Catacumbas*, pág. 505 y sig.

¹ P. Ruinart, *Actas de los Mártires*, pref.

² *Const. apost.* lib. VI, c. 17; lib. VIII, c. 19; Tertul. *De veland. virg.* 9.

³ *Costumbres de los cristianos*, pág. 254.

tencia, tenía lugar la *cena libre*, es decir, se permitía comer juntos á todos los condenados ¹. Para ello se les reunía en una sala comun, al rededor de una mesa que los cristianos procuraban servir lo mejor que les permitía su pobreza; y como la entrada á la comida de los Mártires era libre, no dejaban los fieles de acudir á ella, ya para exhortar á los santos Confesores, ya para encomendarse á sus oraciones y recibir sus últimos consejos.

Despues de la ejecucion de la sentencia, nuestros padres se apresuraban, cuando era posible, á recoger el cuerpo y los restos de los Mártires, que envolvían en oro y seda, perfumándolos con los aromas mas exquisitos; sus sepulcros eran los lugares á que acudían para orar, y en ellos se ofrecía el augusto sacrificio. Los concilios de África prohibieron levantar altar alguno sin depositar en él reliquias de Mártires, ley venerable que se observa todavía en la Iglesia; y persuadidos con razon nuestros padres de que los Santos que acababan de derramar su sangre por Jesucristo eran muy poderosos en el cielo, los invocaban, é instituyeron fiestas en honor suyo, eligiendo para celebrarlas el aniversario del día de su martirio, día que se llamó *natividad* ó nacimiento. Admirable idea que recordaba que el día de su muerte habían nacido á la verdadera vida. La Iglesia ha adoptado el mismo lenguaje.

San Agustin nos enseña cuál era el culto que se tributaba á los Mártires: contestando el santo Doctor á Fausto el Maniqueo que acusaba á los católicos de haber sustituido los Mártires á los ídolos, dice: «Si los cristianos honran á los santos Mártires, debe atribuirse al deseo de participar de sus méritos, á la esperanza de ser felices por su intercesion, ó al deseo también de excitarse á la imitacion de sus virtudes; así es que los altares elevados por la piedad sobre sus sepulcros no son erigidos á mártir alguno, sino al Dios de los Mártires. ¿Qué sacerdote del Señor ha dicho jamás al acercarse al altar: Ofrecemos á vos, Pedro, á vos, Pablo, ó á vos, Cipriano? Lo que se ofrece se ofrece á Dios, al Dios que coronó á los Mártires; y si es verdad que lo ofrecemos con frecuencia en los lugares en que los coronó, es con el objeto de que la vista de aquellos sagrados sitios excite en nuestros corazones una caridad mas ardiente, un amor mas vivo ya hácia aquellos á quienes debemos imitar, ya hácia Aquel por quien lo podemos. Reverenciamos á los

¹ Véanse las *Actas de santa Perpétua*, y Godescard, 6 de abril, etc., etc.

«Mártires, sí, pero creemos y enseñamos que solo Dios puede ser el «objeto del culto de latria; así es que el sacrificio, acto esencial de dicho culto, no lo ofrecemos ni á los Mártires, ni á los Santos, ni á los Ángeles, y si alguno de nosotros cayese en semejante error, le «opondríamos al momento la sana doctrina, á fin de que pudiese «volver en sí, ó de que hubiese derecho para apartarse de él ¹.»

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por la santidad y valor que inspirásteis á nuestros padres; hacednos la gracia de que imitemos su vigilancia sobre sí mismos, y su constancia en las penas de la vida.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quero huir con horror de las reuniones del mundo.*

¹ *Cont. Faust.* lib. XX, c. 21.

LECCION X.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Principio de la gran lucha entre el Gentilismo y el Cristianismo.— Diez grandes persecuciones.—La primera en tiempo de Neron; retrato de este Príncipe; detalles de la persecucion.—Juicio de Dios sobre Neron.—Juicio de Dios sobre Jerusalem; ruina de la ciudad y del templo.—Segunda persecucion en tiempo de Domiciano; retrato de este Príncipe; san Juan es arrojado á una caldera de aceite hirviendo.—Juicio de Dios sobre Domiciano.

Hasta aquí hemos seguido á nuestra madre la Iglesia naciente por la fama de sus virtudes; desde ahora la seguiremos durante tres siglos por sus sangrientas huellas y á la luz de las hogueras que se encienden contra ella. Ciñe tu cinturón, tierna Esposa del Hombre-Dios, pues ha llegado el momento del combate; diez veces se levantará contra tí el mundo entero para aniquilar hasta la memoria de tu nombre ¹.

En efecto, diez fueron las grandes persecuciones, es decir, las mandadas por los emperadores romanos, cuyo terrible poder se extendia sobre la mayor parte del mundo entonces conocido; las particulares, en número muy crecido, se llaman así, porque se limitaron á algunos reinos; tales fueron entre otras la de los emperadores Licinio y Valente; las de Sapor rey de Persia que duraron cuarenta años; las de los godos y de los vándalos en África y en otras partes.

Salgamos de las catacumbas, donde hemos admirado á las futuras víctimas, y entremos en la Roma gentil, dirigiendo nuestros pasos hácia el palacio imperial, para contemplar de cerca al primer

¹ Con el P. Ruinart contamos diez persecuciones generales, es decir, ordenadas ó autorizadas por los emperadores romanos señores del mundo. No significa esto que todas se hiciesen extensivas á todas las provincias del imperio, pues hubo algunas que se circunscribieron á algunos países. El P. Mamachi cuenta doce, porque incluye entre las grandes persecuciones la de los judíos en tiempo de Barcochebas y la de Licinio.